

GLOSARIO DE REVISTAS

Educación y Gobierno.

Luis de Zulueta sigue realizando su labor periodística—por lo que toca a la actualidad de sus comentarios—con la misma elevación e interés educativo de sus mejores ensayos.

Ultimamente ha glosado en *La Libertad* de Madrid, un texto de H. G. Wells, tomando en él pie para ponderar el valor de dos probables criterios divergentes ante el problema de las libertades políticas.

El texto de Wells, que viene en un reciente artículo suyo sobre la *Educación de los adultos*, es el siguiente:

«En Inglaterra ha habido una tentativa ridícula para suprimir la propaganda bolchevique. He visto bastante propaganda bolchevique, y la verdad es que no me parece género muy convincente. Pero, suprimiéndola, confiscando la policía sus libros y papeles, se la ha revestido de una cualidad de misterio romántico y de enorme significación. Nuestros mocitos y doncellitas, especialmente los

más brillantes e imaginativos, se dan a pensar que debe de ser algo portentoso para agitar de ese modo a las autoridades.

«Es más: en nuestras Universidades se ha incitado a los tipos más rústicos y brutales de estudiantes a agredir, y casi a exterminar, a los sospechosos de tales lecturas. Esto acaba de dar a la cosa una alta fascinación intelectual.

«El resultado es que todos los alumnos de los colegios ingleses, con una chispa de iniciativa mental y de respeto a sí mismos, se sienten anhelosos de abrazar la doctrina bolchevique. Creen en Lenin... porque les han impedido leerlo.»

Ahora, Zulueta quiere tomar la afirmación del autor de *La llama inmortal* como «reactivo psicológico» para despertar una actitud precisa en un profesor y un hombre de Gobierno.

Parece, a primera vista, que ambos debieran pensar y responder de idéntica manera. Uno y otro comparten, en verdad, la misión de educar y dirigir los hombres.

Sin embargo, Zulueta presente una disparidad de criterios entre el educador y el político avocados al problema concreto que plantea el novelista inglés.

El primero resumiría así su manera de pensar: «Vale más discutir abiertamente con los muchachos universitarios; mostrarles con sinceridad el pro y el contra; no ocultarles ninguna doctrina, ningún hecho social, ninguna posición del espíritu; hacerles sentir que toda antorcha es sagrada; pero que, quizá en otras regiones elevadas, serenas, hay todavía más luz que la que ellos sospechaban». Se educa por la libertad y para ella; un criterio contrario nos llevaría a substituir la razón por la fuerza; la convicción inteligente, por el fanatismo; nos obligaría a trabajar en la formación de esclavos o rebeldes y no de seres racionales y libres.

En cambio, el hombre de Gobierno (¡quién sabe lo que diría en cada ocasión un hombre de Gobierno!, exclama el universitario español), a solas con su conciencia, pensaría: «Vivimos en la Tierra, y en este planeta nuestro no se gobierna con literatura. La mejor refutación de Lenin es no leerlo. No saben por lo común los pueblos usar rectamente de la libertad. El derecho de opinión es muy respetable; pero cuan-

do las opiniones resultan peligrosas para el orden social, el orden social es lo primero, y las opiniones disidentes deben ser suprimidas y ahogadas...»

Son, pues, dos soluciones diametralmente opuestas las que, en el sentir del pensador peninsular, inspira a un gobernante y a un profesor este problema capitalísimo de la cultura social moderna. Son dos soluciones inspiradas por criterios entre los cuales median algunos siglos de diferencia. «Los gobernantes están hoy donde los educadores estaban hace siglos». Son los mismos métodos pedagógicos hace tiempo abandonados, los que hoy tienden aún a practicar los hombres de Estado.

Es que, talvez, nos hallamos aquí ante dos finalidades distintas: la que impone una consideración ideal del progreso y de la naturaleza humana, y las que dictan las imposiciones inmediatas de la razón práctica.

No es dudosa la elección de Zulueta entre los términos de este dilema. Ya la indicaba Platón, dice, en su diálogo *El Político*: «...Llamemos al arte de gobernar mediante la violencia, *tiranía*; y al arte de gobernar libremente animales bípedos que se prestan a ello gustosos, *política*; y proclamemos que sólo quien posee este arte es el verdadero político y el verdadero gobernante».—V.